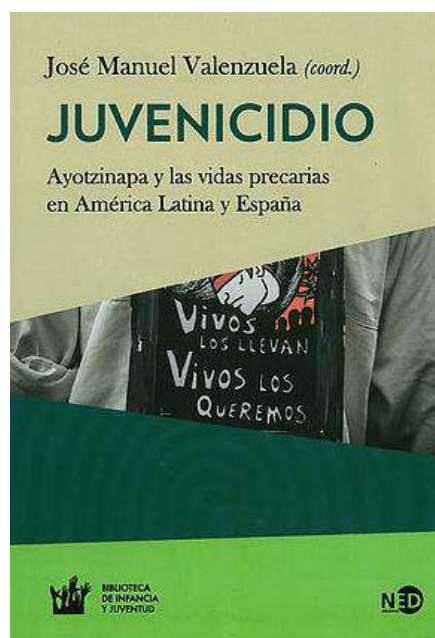


diversión), del papel de las instituciones (estereotipos, represión, políticas policiales, la religión, la cárcel, el colegio, la familia).

Por último, aventura una serie de ideas y apreciaciones para una política de la juventud, concluyendo que para que éstas sean efectivas es necesario que tomen en cuenta los horizontes de creación simbólica potencial que configuran los mundos juveniles.

A lo largo de las páginas, el autor logra acercar al lector a las inquietudes, los temores, y las motivaciones que llevan a los jóvenes a formar parte de las pandillas. Y lo hace a través de una escritura dinámica, haciendo dialogar los aportes teóricos y sus reflexiones con los materiales etnográficos que proceden del trabajo de campo.

El libro constituye un interesante aporte al campo de la antropología urbana, a los estudios de las violencias sociales y culturales. La apuesta de Cerbino de mantener en el centro de análisis del pandillerismo los factores identitarios nos invita a adoptar una mirada cultural para observar y comprender de qué manera se estructuran y reproducen estas organizaciones juveniles.



Comentario a José Manuel Valenzuela (coord.): *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*, Ned Ediciones: Barcelona; ITESO: Guadalajara; El Colegio de la Frontera Norte: Tijuana, 2015, 274 páginas.

Nahuel Damián Valdez

LESyC, UNQ

La masacre de Ayotzinapa, México, el 26 de septiembre de 2014, donde 43 estudiantes normalistas fueron secuestrados y desaparecidos por parte de fuerzas del estado y organizaciones criminales, es la expresión del “Juvenicidio”. En las últimas décadas, un fenómeno paralelo al femicidio ha sido el asesinato sistemático de jóvenes. El libro que nos ocupa pretende visibilizar este fenómeno, pero también comprenderlo para poder explicarlo. Un fenómeno que hay que leerlo al lado de la precarización y la demonización de la que son objeto los y las jóvenes, sobre todo, aquellos que ocupan los estratos más pobres de la sociedad.

El trabajo es una producción colectiva, coordinada por José Valenzuela, profesor-investigador del Departamento de Estudios

Culturales de El Colegio de la Frontera Norte y miembro del Sistema Nacional de Investigaciones del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en México. El libro cuenta con aportes de investigadores de distintos países de la región (México, Colombia, Brasil, Argentina) y España, entre ellos, Rossana Reguillo, Maritza Urteaga Castro Pozo, Hugo César Moreno, Alfredo Nateras, German Muñoz, Marisa Fefferman, Valeria Llobet, Carles Feixa, Àngels Cabasés y Agnès Pardell. La pregunta que vertebra el libro, con la que se miden los autores, es la siguiente: ¿Qué condiciones posibilitan el asesinato de determinados grupos de jóvenes?

“Juvenicidio” es el concepto propuesto por el compilador del libro para nombrar el fenómeno en cuestión. Se define como “juvenicidio” al proceso que, en su condición límite, habilita el asesinato de sectores o grupos específicos de la población joven. La noción va más allá de la violencia letal tratando de pensar los escenarios sociales que hacen viable estos asesinatos: escenarios caracterizados por procesos de precarización, vulnerabilidad, estigmatización, criminalización y muerte.

Para Valenzuela, la *precariedad* es uno de los factores que crea condiciones de posibilidad para el *juvenicidio*. La pobreza y la falta de oportunidades producen que un amplio sector de los jóvenes padezca condiciones de *vulnerabilidad*. Esa situación empeora cuando los jóvenes son identificados además como problema. En efecto, detrás de la precariedad están trabajando los procesos de estigmatización que se organizan en función de la etnia, el género y la clase social. Son estos procesos de estigmatización los que precisamente van a permitir la construcción de *identidades desacreditadas*, que van a ir aislando a los jóvenes, facilitando el juvenicidio.

No hay que perder de vista tampoco, que mientras gran parte de la población se encuentra sufriendo condiciones de pobreza, algunas

figuras públicas hacen presunción de sus lujos obtenidos en ocasiones a través de actos inmorales. Si a eso le sumamos la ruptura de los marcos axiológicos que definen los parámetros que tienen como referencia al bien y al mal, el desdibujamiento de las fronteras morales, entonces se incrementa la admiración y aceptación con figuras violentas de la sociedad. Todos estos factores impactarán en los jóvenes. Algunos de ellos apostando “a todo o nada”, irrumpiendo en el delito con el fin de conseguir dinero “rápido” y así intentar alcanzar los estilos de vida que tanto desean, aunque esto les implique soportar la muerte que les muerda los tobillos. En otras palabras, para Valenzuela, detrás de las espirales de violencia está el modelo económico y social impuesto en Latinoamérica que, cuando excluye a los jóvenes, propone carreras criminales exitosas que terminan agregándole más violencia a la vida cotidiana.

El juvenicidio, al igual que el femicidio, funciona como un sistema de clasificación social que, en sus formas más extremas, reproduce desigualdades al interior de la sociedad a través de la muerte de los sectores más vulnerables. La organización social a través de la letalidad sería imposible sin un *Estado adulterado*. La degradación de sus instituciones, el desprestigio y la desconfianza institucional producto de la permanencia de los procesos de corrupción e impunidad, crea un marco propiciatorio para la desaparición y asesinato de jóvenes.

En el segundo capítulo, Rossana Reguillo sostiene que el juvenicidio, lejos de ser un fenómeno aleatorio, constituye un “proyecto del necropoder”. Esto es así porque en la sociedad neoliberal hay un exterminio de los jóvenes en función del valor del cuerpo en la maquinaria de la necropolítica que funciona así: deja vivir, cuando el joven sirva para obtener ganancias, y hace morir en el caso de que el joven sea un obstáculo, un costo, una pérdida. Paradójicamente, el orden económico neoliberal

no sólo conduce a la muerte, también produce movilización frente a las violencias que nos habitan. Hechos como Ayotzinapa, generan puntos de inflexión, interpelan y sacuden a la población. Entre ellos a sectores de la juventud, quienes resisten y buscan incidir en las transformaciones de la sociedad. A veces, las respuestas son pequeñas manifestaciones de resistencias. En otras ocasiones, los jóvenes ocupan un rol protagónico en movilizaciones resonantes (Occupy Wall Street, Indignados o 15-M, Yo Soy 132, entre otras).

El tercer aporte, escrito entre los investigadores mexicanos, Urteaga Castro Pozo y Moreno, estudia el juvenicidio en México. Para estos autores, detrás del juvenicidio está la impunidad, pero también la criminalización a través de la sanción del estado de excepción instaurado por el Estado mexicano. Con el estado de excepción no solo se suspenden los derechos y garantías, sino que habilita a que la violencia letal recaiga sobre contingentes sociales enteros, en especial sobre grupos específicos de jóvenes más pobres que son, en última instancia, uno de los sectores más vulnerables. Al declararse la emergencia en materia de seguridad, se produce un proceso de desc ciudadanización a través de los cuales se incapacita a los jóvenes para que puedan hacer valer sus derechos. Jóvenes que, al ser referenciados como elementos extraños y peligrosos, merecen un trato particular: pueden ser “sacrificados” por “el bien de los ciudadanos”.

El siguiente trabajo pertenece a Nateras Domínguez quien abordará los *juvenicidios* en los países de Centroamérica, donde según el autor estamos frente a una suerte de “aniquilamiento identitario”. En estos países, los jóvenes que ingresan a las “pandillas”, son considerados un problema mayor que la pobreza o el desempleo. Las pandillas permiten no solo desplazar el centro de atención, de la cuestión social a la

cuestión policial, sino que se habilita el exterminio para solucionar ese flagelo. Prueba de ello son el endurecimiento de las leyes y la creación de planes de seguridad focalizados y fuerzas especiales para combatir a estos grupos.

En el artículo de Muñoz, que es un estudio de caso, se observa que en Colombia ningún gobierno o partido político ha visibilizado el problema del juvenicidio. Tampoco la sociedad civil. Al contrario, cuando la población naturaliza los hechos violentos garantiza la impunidad. Para el autor, los jóvenes son identificados como enemigos y la desaparición forzada o la muerte es considerada prueba suficiente de culpabilidad: “*de seguro esos muchachos no andaban recogiendo café*”. Muñoz cierra el capítulo con una conclusión sobradamente pesimista: “*¡Duro es decirlo, a Colombia no le duelen sus jóvenes!*”.

El juvenicidio en Brasil es abordado en dos trabajos: el artículo de Feffermann y el que escribieron Rangel y Oliveira. En los últimos años Brasil vivió un proceso de mejoras económicas y sociales. Sin embargo, el país sigue teniendo uno de los índices más altos del mundo en mortalidad infantil, una tendencia que sigue en aumento. Para Feffermann, la explicación de esa tendencia hay que buscarla en la ausencia del Estado como proveedor de bienestar, pero también en las políticas represivas de exterminio de los grupos juveniles estigmatizados como bandidos. Por su parte, Rangel y Oliveira sostienen que la causa principal tiene que ver con las prácticas policiales y militares violentas, es decir, con el trato letal de las fuerzas de seguridad, también naturalizadas por el resto de la sociedad. Dentro de la población joven brasileña la letalidad se distribuye desigualmente, siguiendo un patrón racial: los jóvenes negros e indígenas son las principales víctimas de juvenicidio.

En el capítulo que escribe Llobet se analiza el caso argentino. Para la autora, los jóvenes en ese

país han sido históricamente figuras merecedoras de afecto y temor, destinatarios de políticas de cuidado y control por parte del Estado. De hecho, durante los últimos años ha habido un incremento en las políticas de inclusión, al mismo tiempo que se fueron desplegando prácticas punitivas sobre estas poblaciones. El Estado argentino se muestra como un actor plural y contradictorio, generando políticas sociales de cuidado al mismo tiempo que aplica políticas persecución y represión hacia los jóvenes.

Finalmente, en el último trabajo, escrito entre Feixa, Cabasés y Pardell, se aplica la noción de juvenicidio a los jóvenes europeos, particularmente españoles. Consideran que la juventud se ha vuelto, incluso para los propios jóvenes, una especie de “enfermedad”. Por un lado, amplios sectores juveniles, excluidos del mundo del trabajo, deben vivir una situación de precariedad económica que les impide transitar de forma convencional hacia la vida adulta. Por el otro, los jóvenes desempleados son estigmatizados como “vagos”, es decir, culpados de la situación en la que se encuentran: “si no trabajan es porque no quieren trabajar”. El juvenicidio moral, entonces, es la consecuencia de la combinación de estas dos dimensiones: la violencia económica y la violencia simbólica.

A través de los capítulos, todos los autores aplican el modelo explicativo que proporciona la noción juvenicidio en distintos grupos de jóvenes muy heterogéneos (pobres, negros, indígenas) de diferentes países.

Si bien, como acabamos de mencionar, la obra cuenta con la aplicación de la hipótesis en casos dispares, extrañamente algunos grupos de jóvenes (mujeres, transgéneros, homosexuales) están ausentes o poco explorados. Resulta significativo ya que estos grupos constituyen poblaciones tradicionalmente invisibilizadas y sería interesante y oportuno saber de manera más detallada cómo se aplica el modelo

explicativo en estos grupos específicos. Quizás la ausencia de estudios sobre esas juventudes se deba a las limitaciones de cualquier libro para abarcar un relevamiento exhaustivo de todos los casos. Igualmente, sostenemos que es necesario saber un poco más, particularmente sobre esos grupos, para poder sostener la hipótesis de la obra y, en otro sentido más amplio, para colaborar en visibilizar esas comunidades.

No obstante ello, el libro ofrece un amplio abanico de estudios de casos para comprender y explicar el lugar que tiene la precarización y estigmatización en el asesinato de jóvenes, la compleja articulación de las violencias estructurales y simbólicas. Este libro es una herramienta significativa que, al tiempo que arroja luz sobre el fenómeno, viene a denunciar una práctica cada vez más regular, sobre todo en América Latina: el juvenicidio.